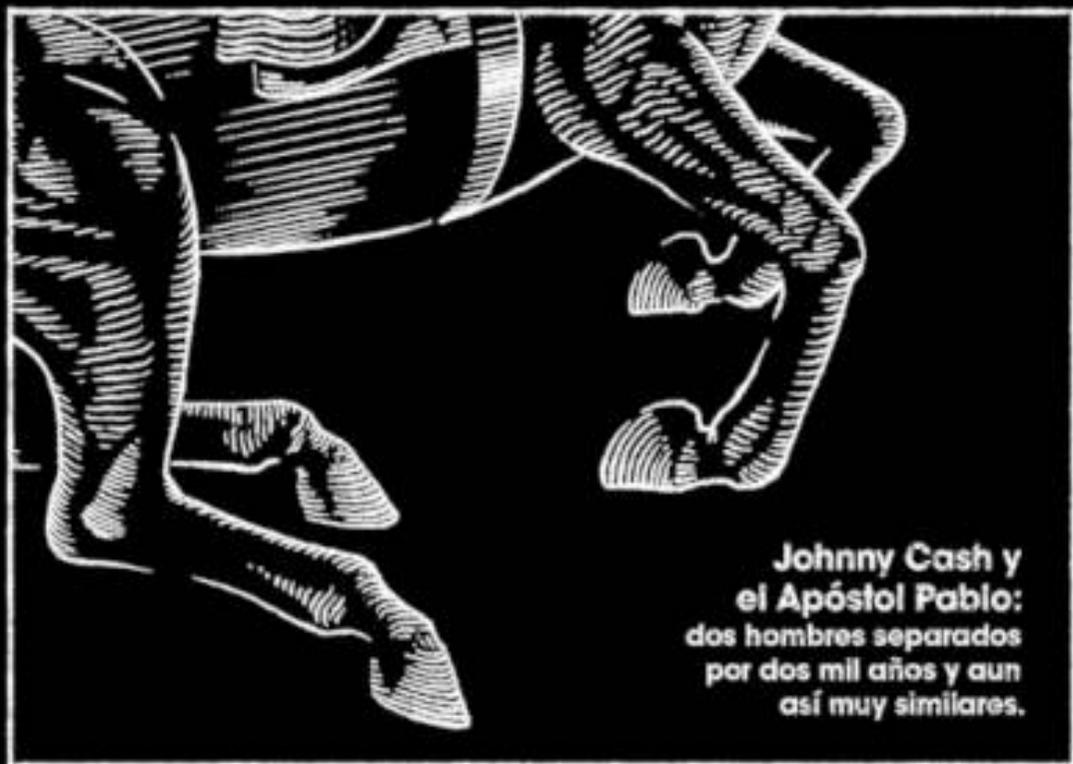


RESERVOIR BOOKS

Johnny Cash

El hombre de blanco

Novela



**Johnny Cash y
el Apóstol Pablo:**
dos hombres separados
por dos mil años y aun
así muy similares.

RESERVOIR BOOKS

Johnny Cash

El hombre de blanco

Novela



Johnny Cash
El Hombre
de Blanco

Traducción de Luis Murillo Fort

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Este libro está dedicado a mi padre, Ray Cash (1897-1985),
veterano de la Primera Guerra Mundial.
Licenciado con honores. Conducta: Buena.*

Los amigos del nazareno se habían unido
y eso me encolerizó
y celosamente llevé a cabo una matanza.
Sus lugares secretos descubrí,
hice que los azotaran, que los encadenaran,
pero algunos lograron huir
temerosos de mí y con razón.
Entonces se me apareció
el Hombre de Blanco
en un halo de luz tan cegadora
que caí a tierra
y aquel resplandor
me privó de la visión.
Entonces el Hombre de Blanco
habló con voz dulce y afable,
me había dejado ciego para que pudiera ver
al Hombre de Blanco.

© 1986, JOHN R. CASH
AURIGA RA MUSIC, INC.

Introducción

Es altamente improbable que, con los años que dediqué a escribir *El Hombre de Blanco* y el largo período de descanso que me tomé después, ahora pudiera nombrar a todas las personas que de un modo u otro, directa o indirectamente, proponiéndoselo o sin proponérselo, por azar, por accidente, sin darse cuenta, sin querer, sin intención, a regañadientes, o con entusiasmo, con esperanza, con voluntad de ayudar contribuyeron a la finalización de este libro.

Muchas de ellas no recuerdan, como quizá yo tampoco, ni se dan cuenta del importante papel que desempeñaron en esta obra, y lamento no haber hecho honor a aquellos cuya contribución escapa a mi memoria.

Gracias a Irene Gibbs, mi secretaria, que escribió a máquina y reescribió y reescribió y reescribió.

A Roy M. Carlisle, de Harper & Row San Francisco, que, después de leer mi primer borrador, dijo: «Venga ya, John. Hazme el favor. Reza un poco más, dale unas vueltas a la primera escena que describe la liturgia del culto cristiano, y luego vuelve a escribirla. ¿Lo harás?».

Gracias también a los agnósticos, los ateos, los que no se preocupan y los que no se molestan. Creo que fueron de los que más me inspiraron y me animaron, al proporcionarme la fuerza negativa que necesitaba contraponer a mi determinación.

Soy un hombre viajero y conozco a mucha gente. En alguna ocasión he tenido oportunidad de hablar con personas de creencias diversas. Me presenté a un judío ortodoxo en la zona de recogida de equipajes del aeropuerto de Newark. El hombre me estrechó la mano con renuencia. Y dio un paso atrás, entre dubitativo y asombrado, cuando le pregunté: «Por favor, ¿podría hablarme un poco sobre la fiesta de las Semanas, tal como se celebraba alrededor del año 60 d.C.?».

Al final se entusiasmó con el tema y me facilitó información muy valiosa sobre ese período.

Mantuve numerosas charlas (a veces confusas) sentado a la mesa con miembros conservadores de la sinagoga sobre la vida en el Templo durante el siglo I. Me instruyeron sobre la ética, las tradiciones, las costumbres y los actos de la vieja escuela, la nueva escuela y los no escolarizados.

En una tienda de Los Ángeles compré unas típicas alforjas, que he llevado al hombro en mis últimos cinco años viajando de acá para allá. Dentro llevaba mi «libro», y también la Biblia de Referencia Thompson; la Nueva Versión Internacional; la Biblia católica; y de vez en cuando *Everyday Life in Jesus' Time*; *Foxe's Book of Martyrs*; *A History of the Early Church*; *The Twelve Apostles*; *The Twelve Caesars*; la

Enciclopedia Judía; y los escritos del historiador judío romanizado Flavio Josefo.

June leía todas y cada una de las páginas que yo escribía y, con su sinceridad a prueba de bomba, me daba su opinión. Yo escuchaba, esperaba, rezaba... y luego obraba según mi propio juicio, como hacía con otros críticos menos categóricos que June.

—¿Y qué puede decirme de ese nuevo libro que está escribiendo? —me preguntó un periodista.

—Se titula *El Hombre de Blanco* —respondí.

—Buena idea. *El Hombre de Blanco*, del Hombre de Negro.

Asentí, a la espera.

—¿Y de qué trata?

—Del antes y el después de la conversión de Pablo —expliqué—. Es una novela.

—¿No habla de usted?

—No, transcurre en el siglo primero de nuestra era.

—Vaya, así que una novela. ¿Sale algo sobre cárceles y demás? —preguntó riendo.

—Pues sí, porque resulta que Pablo cantaba en su mazmorra. Solía cantar una canción sobre la evasión.

—No me diga. ¿Y qué canción era esa?

—No lo sé —dije—. La cantaban a dúo Pablo y un tal Silas, pero no llegaron a grabarla.

A otros a quienes se lo había comentado les entusiasmó saberlo, o al menos les intrigó.

—¿La historia está escrita desde una perspectiva baptista? —preguntó uno—. Porque usted pertenece a la Iglesia baptista, ¿no?

—Pablo no era baptista —respondí—. Él reprendía a aquellos cuyos principios doctrinales se centraban en Juan el Bautista.

—Entonces ¿es usted católico?

—Tal vez —dije—, ya que católico significa «universal».

—Pero no de la Iglesia católica romana...

—No —dije—. Pablo era judío. Doctor de la Ley.

—Entonces está escrito desde el punto de vista judío, ¿no?

—No, desde mi punto de vista —repliqué.

—Pero usted es baptista.

Al final me decidí por una respuesta básica:

—Yo, como hombre que cree que Jesús de Nazaret, un judío, el Cristo de los griegos, era el Ungido de Dios (nacido de la semilla de David, por la fe como tuvo fe Abraham, lo cual le valió la rectitud), estoy injertado en la vid verdadera y soy uno de los herederos de la alianza de Dios con Israel.

—¿Perdón?

—Que soy cristiano —dije—. No me colguéis otra etiqueta.

Se produjo un largo silencio, al cabo del cual dijo:

—Bueno, Adolf Hitler era cristiano.

—No lo era —objeté—. Lo que hizo nada tenía que ver con Cristo.

—¿Cómo lo sabe?

Me quedé pensando.

—Realmente no lo sé —respondí —, pero Jesús dijo: «Por sus frutos los conoceréis», y yo he podido ver sus frutos.

—¿Dónde? —preguntó.

—En el Museo del Holocausto de Jerusalén.

Gracias a Ken Overstreet, Jay Kessler, Dan McKinnon y a todo el personal de Youth for Christ.

Gracias al doctor David Weinstein, rector del Spertus College of Judaica de Chicago, por su inestimable contribución.

Karen Robin, la esposa de mi agente Lou Robin, es una concienzuda estudiosa del cristianismo y hace poco se ha convertido al judaísmo, al cual ha consagrado estudios sobre su Ley y su tradición, tanto antigua como moderna. Karen tuvo la gentileza de empujarme a indagar y demostrar numerosos fragmentos hebraicos de mi narración. Estoy, pues, en deuda con ella, lo mismo que con su marido, Lou, que se apuntó (e incluso hizo pequeñas aportaciones) a todo un banquete de alimento espiritual.

Gracias a Stephanie Mills, Chet Hagen y Judy Markham. A Marty Klein, director de la Agency for the Performing Arts, con quien tengo relación desde hace quince años, que escuchó con atención fragmentos de mi historia y me animó calurosamente a expresar esta obra con mis propias palabras y mis propias imágenes.

Cuando June y yo nos casamos en 1968, leíamos mucho. Nuestros gustos en cuanto a lectura tenían mucho en común.

Yo acababa de dejar atrás siete años de adicción a las anfetaminas y otros medicamentos, años durante los cuales a veces me convertía en un ser abatido, incoherente, impredecible, autodestructivo y presa de intensos terrores.

Con mucho amor y mucha oración y toda esa locura a mis espaldas, June y yo pasamos muy buenos ratos leyendo grandes libros. Tras haber estado de vacaciones en Israel, nos encantaba leer todo lo relativo a esa tierra, en especial las obras ambientadas en los tiempos de Jesús: *Ben Hur*, *La túnica sagrada*, *El cáliz de plata*, *Médico de cuerpos y almas* y *The Source*.

Ezra Carter, el padre de June, me legó al morir su biblioteca de temas históricos y religiosos. Me había hablado a menudo de sus lecturas favoritas, libros sobre los primeros padres de la Iglesia, sobre los concilios posteriores y anteriores al de Nicea. Antes de morir me decía a menudo: «Verás como te gustan Josefo, Plinio, Seutonio, Gibbons y Tácito».

Al principio Josefo me pareció lento y pesado, aparte de difícil de leer, pero cuanto más me adentraba en su lectura, más me entusiasmaba, pues veía el mundo romano de Josefo como debieron de verlo los primeros cristianos. Con el tiempo leí a todos estos autores y compré muchos otros libros relacionados con la Judea del siglo I. Aquellos viejos tomos polvorientos cobraron vida.

Por ejemplo, ¿sabéis cuándo fue la primera vez que alguien «hizo un calvo» (del que se tenga registro, al menos)? Dejadme aclarar que se trata de despelotarse en un lugar público, solo que aquí la única carne que se enseña es la del trasero.

Flavio Josefo, que escribía alrededor del año 80, nos cuenta que ocurrió durante el reinado de César Augusto, cuando los soldados romanos provocaron casi una rebelión al desfilar frente al Templo de Jerusalén portando sus estandartes y sosteniendo en alto el águila imperial. Furiosos por la presencia de semejante imagen grabada, los sacerdotes y ancianos del Templo profirieron insultos y arrojaron piedras contra el estandarte. Mientras la columna militar pasaba, ignorando a sacerdotes y ancianos y al Templo mismo, cuenta Josefo que «un centurión se detuvo y se encaró a los judíos. Luego, dándoles la espalda, se levantó la túnica, se bajó el taparrabos y, doblándose por la cintura, mostró a sacerdotes y ancianos sus partes traseras». El primer «calvo» del que se tiene noticia.

Durante tres años, June y yo seguimos unos cursos por correspondencia sobre la Biblia del Christian International en Phoenix a través del Evangel Temple de Goodlettsville, Tennessee, que era la iglesia a la que pertenecíamos entonces. Hacíamos deberes, ya fuera en casa, en la carretera, en autobuses o en aviones, y a veces también en un lugar tranquilo, una especie de cabaña que teníamos en el bosque, cerca de casa. Siempre que disponíamos de unos minutos o unas horas, los dedicábamos al estudio, y luego mandá-

bamos el trabajo por correo y esperábamos al siguiente curso.

En 1977, tres años después de iniciar nuestros estudios, recibimos diplomas sellados y firmados del Christian International, diplomas que nunca llegamos a colgar. «Esto es solo el comienzo —dije yo—. Para mí, ese documento solo significa que ya estoy preparado para estudiar la Biblia.»

No podía quitarme de la cabeza el último curso que había terminado: «Vida y epístolas de san Pablo». Empecé a leer libros sobre Pablo, varias novelas, algunas realmente buenas, sobre todo las escritas por Sholem Asch y John Pollock. Luego abordé los comentarios sobre Pablo a cargo de Lange, Farrar, Barnes, Fleetwood y otros. Al ver que había tantas opiniones diferentes en tantos campos, empecé a tomar notas y a escribir mis propias reflexiones sobre Pablo. Se han escrito infinidad de páginas sobre sus diferencias con Pedro y con Marcos, pero descubrí que la Biblia puede arrojar mucha luz sobre esas crónicas.

Durante siglos predicadores de todo tipo han especulado sobre la composición física de esa «espina clavada en la carne»: cómo era de grande, dónde la tenía clavada. ¿Por qué Pablo no se la arrancó? Porque no pudo, de ahí tal vez que viajara en compañía de un médico (Lucas). Alguien afirmaba que seguramente era epiléptico. ¿La espina era acaso un símbolo? Otro decía que Pablo sentía debilidad por las mujeres muy jóvenes, y así sucesivamente.

Y decidí que, bueno, si los teólogos podían hacer tantas conjeturas y convertir el asunto en algo interesante, yo también podría aportar mi granito de arena. A fin de cuentas,

Pablo se había convertido en mi héroe. ¡Era invencible! Se fijó la meta de conquistar y convertir al mundo pagano e idólatra. Y mientras vivió hizo todo lo que se había propuesto.

Sonreía en las persecuciones. Fue apaleado con varas, fustigado a latigazos, apedreado; fue insultado, linchado, encarcelado; su propio pueblo lo odiaba. Y sin embargo decía que, gracias a Jesucristo, había aprendido a estar contento en cualquier situación en que se encontrara.

Al final de sus días, viejo y encarcelado en Roma, escribió sobre cosas que aún deseaba hacer, una de las cuales era nada menos que evangelizar España. Siempre tenía un gran plan en mente y siempre lo llevaba a cabo; y también realizó multitud de viajes a las ciudades en las que ya había estado para cerciorarse de que la gente seguía haciendo las cosas como él les había enseñado.

Empecé a escribir sobre Pablo un poco al modo de un documental, pero de entrada no había gran cosa que documentar. De repente aparece en la ejecución de Esteban, y según la Biblia Pablo había votado contra él. Los que mataron a Esteban pusieron sus prendas a los pies de Pablo (Saulo). ¿Por qué?, me preguntaba. Necesitaba saberlo. Y averigüé la razón.

Cuando dijo que perseguía a los cristianos con todo su celo, yo necesitaba saber qué había dicho exactamente y qué fue lo que hizo. ¿Cuánto tiempo duró aquello? ¿Qué pensaban de él los de su propio pueblo? Como fariseo, ¿qué relación tenía con el sumo sacerdote? ¿Se alegró este de proporcionarle cartas de recomendación para ir a Da-